

## Prólogo

“Para nosotros, el comunismo no es un estado de cosas que conviene establecer, un ideal al cual deberá adecuarse la realidad. Llamamos comunismo al movimiento real que suprime el estado actual de cosas.”

Marx y Engels.

El presente libro fue escrito por Raúl Prada antes de la realización de la Asamblea Constituyente. En el fondo, este texto trata del poder constituyente de la multitud, del devenir creativo de los movimientos sociales, del poder creativo del deseo de comunidad. Por ello me parece necesario un prólogo sobre la unidad de la multiplicidad, sobre el devenir que alienta el poder constituyente, sobre el deseo de comunidad.

El poder constituyente es ante todo deseo de comunidad, deseo de cooperación, deseo de democracia. La democracia es el poder creativo de la multitud, la democracia es la praxis creativa de la comunidad y, en tanto praxis, es irrepresentable.

Un modo de producción es una forma histórica de cooperación social. Y todo el problema se encuentra, precisamente, en el modo o en la forma en que se coopera.

Muy poco puede producir un individuo aislado. Con suerte, apenas si podría llegar a sobrevivir. Del mismo modo, es muy poco lo que un patrón puede obtener de ganancia si contrata a un individuo aislado. Sin embargo, cuando los individuos cooperan, el esfuerzo de cada uno se potencia y logran mucho más de lo que podría lograr cada uno por separado. La fuerza

de la cooperación constituye la posibilidad de la producción, pero a la vez la posibilidad de la comunidad.

La impresionante fuerza histórica del capitalismo consistió en extender la cooperación social hasta límites insospechados. Tomemos el ejemplo de una fábrica: la cooperación excede en mucho las relaciones dentro de una fábrica. Los obreros trabajan con máquinas que fueron creadas y hechas por otros seres humanos, los obreros comen alimentos preparados por otros, se iluminan gracias al trabajo colectivo de otros, utilizan servicios como el agua, la luz, el gas, los medios de transporte, asisten a un seguro médico, consumen medicamentos, entretenimiento, ropa, etc., que no serían posibles sin el trabajo coordinado de otros grupos sociales. En síntesis, el producto de esas fábricas no sería posible sin la cooperación social extendida, en la que, si bien se incluye el trabajo manual, también, y cada vez más, el trabajo mental, es decir la creación colectiva del conocimiento.

En la vida cotidiana también se extiende la cooperación colectiva. De ahí que Antonio Negri se refiera al pasaje del obrero industrial del siglo XIX al obrero social de hoy. Para Negri, lejos de desaparecer la clase social ligada al trabajo, ésta se extendió hasta casi identificarse con el conjunto de la sociedad. Todos los trabajos confluyen en la producción social de la riqueza, en la producción social del conocimiento.

La contradicción del capitalismo es que, habiendo extendido la cooperación social y colectiva a niveles insospechados, logra convertir esa potencia en un bien privado: el capital; logra convertir al ser humano en víctima de su producción. Y es el propio capital el que ejerce una dominación sobre la potencia que la produjo; de esta manera se sustituye el deseo de comunidad y cooperación por el individualismo y el egoísmo posesivo. Todo el secreto del capitalismo se encuentra en mantener la cooperación objetiva pero en imponer a la vez una división o una serialización de la subjetividad social. Es lo que Foucault describió al referirse al Panóptico de Bentham: una arquitectura social para el trabajo cooperativo pero, a la vez, para el aislamiento vigilado y controlado. De este modo, la máxima socialización del trabajo coincide con la mínima socialización de la subjetividad.

El poder constituyente es una práctica política gracias a la cual los partícipes de la cooperación social objetiva rompen con la división subjetiva impuesta por la arquitectura social panóptica. Las organizaciones sociales no son una simple herramienta para alcanzar el poder constituyente; son

ellas el poder constituyente, son ellas el poder creativo, pues al constituirse destruyen la serialidad impuesta por el capitalismo y el panóptico. De esta manera, atentan contra la lógica del orden dominante, del orden establecido a partir del devenir de la creatividad. Así, el poder constituyente se convierte en la acción práctica de la liberación, del deseo de comunidad y de igualdad. Los movimientos sociales han dado una lección de este deseo de comunidad y de esta característica creativa de la multitud. De este modo, lo que ha caracterizado la historia contemporánea boliviana de los últimos años no ha sido la invención de lo social por parte del Estado sino más bien la autopoiesis de la comunidad en busca de cambiar el Estado. No se hizo una revolución para tomar el Estado y partir de éste cambiar a la sociedad. Todo lo contrario: se buscó constituir la comunidad, la sociedad para cambiar al Estado, pues es éste el que debe cambiar, el que debe constituirse en una forma histórica adecuada. De lo que se trata es del modo de aplicación de la democracia y no de su supresión a partir de los niveles institucionales de la representación política. De lo que se trata es de encontrar la praxis de una democracia viva y activa en constante producción de nuevos esquemas de vida y de goce de la población.

El poder constituyente, entonces, resultó ser aquello olvidado por el capitalismo, lo que éste intentó sepultar a partir de la política representativa, es decir, a partir de la negación de la presencia misma del deseo de comunidad, del deseo de cooperación a partir de una imposible representación virtual. La cooperación es la condición de posibilidad de cualquier formación social, es la potencia sin la cual no hay sociedad, ni tampoco habría Estado. De qué otra manera se podría entender lo intercultural, lo plurinacional, sino a partir del deseo de comunidad inmanente en el poder constituyente. De qué otra manera se podría entender la creación y el devenir creativo del trabajo intelectual sino es a través del devenir y de las posibilidades abiertas de la multitud.

El poder constituyente, el poder de la multitud, entonces, se enfrenta hoy contra la razón de Estado, contra la episteme colonial. El poder constituyente se presenta de esta manera como un contrapoder.

En Bolivia, como en otros Estados, se ha desarrollado desde el siglo XIX una razón de Estado colonial, una manera mediante la cual el Estado colonial se forma y se reproduce a sí mismo, una manera mediante la cual se pretende hacer reinar el orden en busca de normar una sociedad, de instituirlo. Por eso, objetar hoy la razón del Estado colonial ha supuesto,

ha sido entendido por los reaccionarios conservadores del orden como una manera de atentar contra la institucionalidad estatal, el modelo arquitectónico que evita la amistad en la comunidad, que norma la división social no sólo del trabajo, sino de la vida misma.

Debe prestarse atención a la idea de norma, pues es ésta la que construye las relaciones de poder, de subordinación, de la discursividad de la exclusión y en, el caso de Bolivia, de las prácticas de racismo. La palabra norma proviene del verbo griego *nemo* y significa operar una división, una partición, en busca de perpetuar continuamente las relaciones de poder y de subordinación, en busca de naturalizar un a priori de las características de una violencia epistémica propia de una razón colonial. En este sentido, la razón de Estado siempre parte de un a priori histórico que pretende ordenar la cooperación social y escindir la capacidad creativa de la multitud, la capacidad creativa de un nuevo proyecto de vida, de una forma histórica y apropiada del devenir de la amistad de y en la comunidad.

Y qué es el conocimiento, la filosofía, el concepto, sino el resultado del trabajo colectivo, del deseo de democracia y de comunidad. Un pensador, un filósofo se convierte entonces en un sismógrafo del temblor tectónico que provoca el deseo de comunidad, el deseo de la multitud. Como señala Raúl Prada: "la creación conceptual es una creación de multiplicidad".

Para finalizar este breve prólogo, me gustaría volver al término: 'pro': antes, y 'logos': discurso, palabra, saber. Para Heidegger *logos* es un término que proviene del sustantivo formado por el verbo *legein*, que significa reunir una multiplicidad, cuya raíz todavía pervive en el sustantivo *legión*. Entonces para Heidegger la unidad del pensamiento sólo era posible gracias a la reunión de multiplicidades, de fragmentos dispersos o de trazos aparentemente sin sentido. El saber, el conocimiento es una creación social de la multitud; no es posible un discurso sin el deseo de comunidad.

Lo que pretendo con este prólogo es cuando menos alentar al lector a visitar al demonio que grita: "¡Soy *legión!*, y busco suprimir el estado actual de cosas".

La Paz, septiembre de 2008

Farit Rojas Tudela